

“La amenaza” ... no, ¡el atentado!

¿Acostumbra usted a tomarse en serio las películas que se ha dado en llamar de “misterio”? ¡¡No!! Bueno, pues si no lo hace, vamos a dejar sentado que no es la amenaza del título lo que inquieta precisamente en esta producción de Ralph Murphy. Es la amenaza de que se nos venga encima, durante la temporada que se inicia y que tanto promete, una serie de historietas policiales tan deslavazadas, absurdas e infantilmente encaradas por sus realizadores como ésta.

“La amenaza” es malita, pero no de la clase de películas malitas que a mi me gusta ver. Esas películas donde se hace a menudo el ridículo – las españolas filmadas en Hollywood, por ejemplo – y que, sin quererlo, resultan ejemplarmente divertidas. No. Esto es soso como un partido de “golf” y serio como un político de la oposición. Y, como ambas cosas, da la lata a más no poder. Tanto que el público, para ver si entretiene un rato, empieza a tomar en broma sus propias conjeturas sobre la identidad del presunto asesino, como ocurriera la noche del estreno. Y eso que todos habían acertado desde un principio.

De los “amenazados”, al primero lo escabechan de una puñalada en la espalda. Al segundo también. Pero como este es más joven y tiene un irreprochable sastre londinense, resucita. Por lo que a Gertrude Michael otras de las probables víctimas, respecta, se resuelve dejar la incólume. Para que se redima en una próxima interpretación del artificio, la frialdad y la poca simpatía con que interpreta su papel.

Huele esta cinta a talleres neoyorkinos, donde las Kleig no son tan solícitas con el cutis y los añitos de las estrellas, como las de Hollywood. Una luz cruda e impía para las mataduras del rostro de Paul Cavanagh y los defectos faciales de sus compañeros da a la película, en efecto, etiqueta de Long Island y completa los múltiples detalles en que sale a luz el descuido, la ingenuidad y la torpeza empleados en llevar a cabo esta “Amenaza”. Que se pasa de tal y constituye un atentado.

R.A.D.